

"Irazú"

## Una novela con sus defectos pero valiosa

A partir de unos pocos símbolos: "volcán - lenguaje", "tiempo", "eternidad", "recuerdo", "perro", etc., Hurtado construye, en "Irazú", un mundo alucinado, "regido" por una libertad poética extrema, ausente de sujeciones temporales, en el que las ideas son verdades, y realidades las fantasías.

El volcán es la causa de la ceguera física de Sergio, pero al mismo tiempo, el símbolo de una obsesión inalcanzable: la inifinitud de Dios, la inifinitud del Universo.

Durante la vida en penumbra, el tiempo se congela, se fija, no avanza para Sergio: envejecemos porque miramos y no porque sentimos e imaginamos, pareciera afirmar Hurtado. El hombre no siente el tiempo, sólo lo ve pasar en el crecimiento de las plantas, en las huellas que deja en su rostro, en el alba y en el crepúsculo nace y muere cada día. Los ojos son los órganos del tiempo, sin ellos sólo nos queda el espacio que también percibimos por el tacto.

Detenido el tiempo, los recuerdos se transforman en un presente inmóvil en el que Sergio sólo distingue dos etapas: aquella en que vió e imaginó, y ésta en que sólo piensa e imagina. En cada momento lo pensado y lo imaginado se confunden a tal punto que el protagonista ya no distingue si su fantasía es hija de sus recuerdos o viceversa. Y en este punto, se confunde el lector, y se confunde el autor: los símbolos se le escapan y se ve dominado por su propia criatura.

Ante esto, Hurtado se sale con la suya: le devuelve la vista a Sergio y se libra de tan intrincado problema. Pero con esta solución nos deja suspensos con todas las sugerencias filosóficas, teológicas, etc. que, como relámpagos, había ido destilando en la narración.

¿Es su solución coherente con su planteamiento? Sí; afir-

mamos, porque un mundo alucinado no es un mundo lógico, si es que lógico es nuestro mundo, si es que lógico es el mundo novelesco. Un mundo alucinado termina en sí mismo, no es un mundo de planteamientos, sino de evocaciones, impresiones, sugerencias que terminan intempestivamente, cuando la vigilia desplaza al sueño, al igual que en Sergio la vista desplaza a la imaginación.

Podemos acusar a Hurtado de echar mano de un fácil recurso para solucionar el argumento, pero no podemos reclamarle que sólo nos deje con interrogaciones y sugerencias en vez de respuestas, porque su mundo es así: caprichoso, repentino.

Es admirable la forma como Hurtado agudiza los demás sentidos de Sergio cuando éste pierde la vista. Durante su vida en la penumbra hay abundancia de sensaciones auditivas, gustativas, olfativas y táctiles. Estas le permiten percatarse de su propia existencia.

De estas últimas sensaciones destacan las eróticas, quizás porque éstas representan la máxima expresión de la sensibilidad en las que lo corporal y lo síquico se funden, y por esto mismo, son para Sergio las más reveladoras de su propia existencia. El tratamiento de las mismas es hedonista, poético a veces, y hasta pornográfico.

Dentro de ese símbolo y fragmentado mundo, existe una preocupación (un tema): la inifinitud de Dios y del Universo, la persecución de lo inalcanzable frente a lo finito del hombre: "... Tengo que alimentarme para vivir, para seguir viviendo y comprender lo que me preocupa: la inifinitud de Dios. Todo es relativo, así es el mundo..."

Esta preocupación es la que identifica a los siete personajes de la novela como uno so-

lo: Lalo (Enrique), Carlos, Federico, Yanuario, Fajardo, Giordano (de la narración injertada) y otro innominado. Todos los poseen, todos son introvertidos, todos son el propio Hurtado, nosotros, el hombre mismo.

El binomio "pluralidad-unicidad" que en la novela corre paralelo a la preocupación por el infinito, es el recurso que utiliza el autor para transformar sus personajes en símbolos, en "modos de ser", para usar sus propias palabras.

En esta creación de personajes le apuntamos una debilidad técnica: su incapacidad para desdoblarse: sus personajes son su retrato, no logra hacerlos diferentes, no en su esencia que es precisamente su propósito, sino en su comportamiento, en su circunstancia, en su manifestación.

El binomio "perro-ciego" tan común en la vida real como en la literaria, no lo es desde el punto de vista que lo presenta Hurtado. En "Irazú" no es un guía, pues este es el papel de Flora; es más que eso, el medio por el que Sergio se percata que existe, que tiene un cuerpo, una dimensión: "... No es un perro como cualquiera otro. Me conoce: me siente; así existo para otros". Todo hombre busca una manera de darse cuenta de que existe: las relaciones con Flora y con el perro, constituyen la de Sergio.

"Irazú" está lleno de recursos de vanguardia: saltos incoherentes, movimiento sobre diversos planos, visiones fragmentarias, juegos verbales, diversidad tipográfica, palabras yuxtapuestas, empleo caprichoso de algunos signos de puntuación, etc.

Hurtado maneja muy bien el lenguaje, y muchas veces, de liberadamente, se rebela contra la gramática. Esta capacidad se manifiesta mejor en la descripción que en la narración, quizá porque "Irazú" es

una novela estática por excelencia. En esta descripción, a veces es épico: "... era la alarma y no daba tiempo el monstruo despierto y roncador; enormes piedras deshacían los sembradíos, los caminos y la muerte invisible del aire rompía las bocas. Las manos, los pies huyendo; oían el estentóreo chocar contra los vidrios, irizándolos en una fusión letal, última, imposible...", y otras líricas, impresionista y hasta naturalista.

Aparecen en ellas varias antitesis: penumbra-claridad, ceguera-videncia, vida-muerte; y toda la novela está invadida de una sensación de frialdad que revela la presencia del volcán.

Como todo escritor joven en el ejercicio de las letras, Hurtado es imprudente en el gobierno de sus conocimientos: por doquier afloran en su novela, en form intempestiva, sus lecturas literarias y filosóficas; no consigue disimularse. Esto podría tildarse de exhibicionismo, y tal vez lo sea, pero contrario a la mayoría de los de su generación hay que abonarle sin ambages, que a él no se le sale su ignorancia, sino su cultura; y que él ha leído antes de escribir. Por esto es un escritor atrevido, que huye de la mediocridad, capaz de enfrentarse a un mundo grande, de corte kafkiano y joyciano, neblinesco, caprichoso, difícil, aunque no consiga hacerlo con la grandeza que se requiere para manejar lo grande.

Aún con sus defectos, "Irazú" es una novela valiosa por su tema, por su diabólico mundo simbólico y alucinante que nos desorienta a todos como desorientado se encuentra el hombre frente al infinito inalcanzable. Y si bien no es una innovación en el mundo literario, sí lo es en la tradición de nuestra narrativa costarricense.